

La hambruna en el cuerno de África tiene causas estructurales

El llamado cuerno de África es una faja de terreno con esta forma en la zona del África Oriental, enfrente del mar Rojo y del golfo del Adén.

Unos 120 millones de habitantes viven en ese territorio de unos 2.000.000 de Km cuadrados, de gran importancia estratégica por controlar la zona por donde discurren petroleros que transportan el 40% del petróleo mundial.

La hambruna afecta a unos 13 millones de personas en los cinco países de la zona, incluyendo Etiopía (el 65 por ciento de la población de la zona, y entre un 5 y un 7% de población afectada, Eritrea (del que no sabemos qué porcentaje de población está afectada, porque es uno de los regímenes más opacos del mundo), Djibuti (un 20%), Somalia y el Norte de Kenia.

Las hambrunas en la zona son frecuentes. Se aducen como causas las sequías o los conflictos “tribales”, pero estos frecuentemente meros síntomas o, como máximo, desencadenantes de las crisis humanitarias de la hambruna..

Pero hay otras cuestiones estructurales, que son las que motivan la incidencia. El caso más destacado, por población afectada y la gravedad de la situación es Somalia (con 8 millones de habitantes y entre un tercio y un 40% de población afectada).

Aquí podemos señalar cuatro causas de fondo. A saber:

1.- La destrucción sistemática del marco institucional tradicional, de forma que las antiguas potencias coloniales, y otras nuevas, como EE.UU. o China han pugnado y pugnan, por ayudar a unos u otros sectores, buscando posicionarse en la futura explotación de los recursos, especialmente petroleros, bien posicionados están sobre todo cuatro grandes empresas EEUU, especialmente Conoco y Amoco.

P.e. Arabia Saudita es la principal contribuyente a los Tribunales de Justicia Islámica que dominan buena parte del Sur de Somalia. Y, como aliado privilegiado de las potencias occidentales, los servicios secretos de las “principales potencias” han favorecido a éstos, al mismo tiempo que se supone que han combatido el “terrorismo internacional”, del que Al Qaeda se dice el vértice, mientras los “Tribunales...” y el movimiento Harakat al-Shabaab Mujahideen afilian nominalmente a ésta.

2.- La destrucción de las instituciones y la economía tradicional (es decir la directa desestructuración de las personas, las familias y la entera sociedad), mediante la aplicación de programas de ajuste estructural, impuestos por el FMI y el BM, para “liberar fondos” con que pagar a los “acreedores internacionales” en torno al club de Paris (¿os suena esa música?)

Somalia hasta finales de los años 70 era autosuficiente en cuanto a la alimentación, a pesar de ser una zona en que la sequía aparece con frecuencia. Sin embargo esa situación cambió a partir de los años 80, por la aplicación de esas políticas de ajuste inspiradas en un sedicente fundamentalismo de mercado que, como en todas partes,

tendía a favorecer la concentración de la renta y la riqueza y a eliminar la intervención pública y la participación social.

Las actividades ganaderas, nómadas, fueron erosionadas primero por las políticas de asentamiento, y después sufrieron la puntilla por la eliminación de los servicios veterinarios públicos, de modo que las empresas “privadas”, no atendieron adecuadamente las necesidades, y se extendieron las epidemias entre el ganado. El resultado fue la prohibición de las exportaciones a los países de la zona, que constituían el 80% de los ingresos por exportación. Al final la ruina de las explotaciones provocó que la alimentación hubiera de ser importada. Y el siguiente paso fue el caos.

Las actividades agrícolas, de las pequeñas explotaciones, por su parte, en cuanto aparecieron las “ayudas alimentarias”, sufrieron la competencia del reparto del grano que se vendió en el propio mercado interno con precios sin posible competencia. Al mismo tiempo se cambiaron los hábitos alimentarios, de modo que se ha sustituido el sorgo y el maíz tradicional por el trigo y el arroz. A todo ello se añade las políticas “contractivas”, supresión de las ayudas a la agricultura, falta de mantenimiento de las infraestructuras y, finalmente, las devaluaciones sucesivas, a partir de 1981. De este modo los insumos de los agricultores, especialmente los abonos y el combustible, se pusieron fuera del alcance de las pequeñas explotaciones que constituían la base productiva del país.

Tengamos en cuenta que la población se ocupaba en algo más de un cincuenta por ciento en la ganadería nómada y en el resto en la agricultura, con pequeños sectores de industrias extractivas y de servicios.

- 3.- Y, a todo ello, se añade el progresivo caos social. Cuando el descontento hace que el gobierno caiga, las instituciones públicas están tan erosionadas, que nadie mueve un dedo para su mantenimiento. De hecho lo que ocurre es el desarrollo de la típica situación de taifas, con señores de la guerra imponiendo su dominio de cada zona, y los diferentes sectores acogiéndose a la protección de unos u otros.
- 4.- Finalmente aparecen las circunstancias globales que demandan recursos para finalidades distintas a la alimentación. Tradicionalmente los usos industriales o turísticos, o para infraestructuras, incluso farónicas. A ello se ha añadido, el aumento de los precios de los alimentos, debido al uso de las tierras para cultivar. En países en que se ha hecho necesario importar alimentos para cubrir las necesidades de la zona la cuestión es trágica... y vergonzosa.

En conclusión como nos demostró Amartya Sen (el economista hindú, premio Nobel de 1998) es la distribución del poder social la que determinará que determinados problemas ambientales, p.e. una sequía persistente, se conviertan en crisis graves y, en último término, en una hambruna que afecte a millones de personas.

Joan García Sáez
Membre de Attac-Catalunya